

Ortega y Gasset en Honduras: la razón histórica vista por Ramón Oqueli

Por Rolando SIERRA FONSECA*

RAMÓN OQUELI —considerado como uno de los principales cono-

cedores de la historia republicana de Honduras y filósofo de la historia— estudió en España entre 1953 y 1962. Durante su estadía en dicho país se vio influido por el pensamiento español, especialmente el del filósofo José Ortega y Gasset, de quien trabajó la idea de historia y de nación para comprender la sociedad hondureña. El presente artículo tiene como propósito presentar algunos elementos de la asimilación y adaptación del pensamiento de José Ortega y Gasset en Honduras por parte de Ramón Oqueli.

Ramón Oqueli (Honduras, 1933-2004) puede caracterizarse como uno de los latinoamericanos que buscó resemantizar, como lo han hecho José Gaos, Leopoldo Zea y Arturo Roig, el pensamiento de José Ortega y Gasset. Para el historiador de las ideas José Luis Gómez-Martínez, dos de las tesis del maestro español se han convertido en bases para la reflexión filosófica latinoamericana en el siglo xx: en primer lugar el *circunstancialismo* o teoría de las circunstancias, que propone la necesidad de asumir el propio contexto sociocultural como problema filosófico; y, en segundo lugar, el *generacionalismo* o teoría de las generaciones, por medio de la cual ofrece un modelo de análisis para interpretar la historia.¹ Estas dos tesis han sido trabajadas por Oqueli para analizar y comprender la realidad histórica de Honduras, unidas a la teoría de salvación también presente en este pensador.

Por su formación intelectual, Oqueli no podía tener una visión idealista sobre la vida o sobre Honduras. Su meditación crítica, clara e impávida es propia de un conocedor de las adversidades y obstáculos que frenan la gestación de una nación democrática y el logro de bienestar para todos. Visualiza la historia de Honduras como un drama que ha provocado que sea visto como un “país de ininterrumpida tragedia”,² ya que en su historia, las constantes son la inestabilidad, el secta-

Profesor del Posgrado Latinoamericano de Trabajo Social en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras; e-mail: <rsierra652003@yahoo.com>.

¹ José Luis Gómez-Martínez, *Pensamiento de la liberación: proyección de Ortega y Gasset en Iberoamérica*, Madrid, EGE, 1995, pp. 9-18.

² Ramón Oqueli, *Gente y situaciones*, Tegucigalpa, UNAH, 1995, tomo IV, p. 85.

rismo, el odio, la exclusión, la dependencia y la ausencia de un proyecto propio de país. Honduras se caracteriza por vivir una “crisis crónica”,³ que la hace una sociedad resiliente que sobrevive a esta crisis profunda y que logra salir de las mayores catástrofes: “Hace unas décadas se discutía si éramos o no un país en vías de desarrollo; hoy habría que preguntarse si no más bien en vías de catástrofe, si es que ésta no ha llegado”.⁴

Aún más, considera la sociedad hondureña como algo inerte. En el conjunto de su obra intelectual sobresale una serie de preguntas que cuestionan toda creencia en la existencia de Honduras como una nación constituida, un Estado edificado y una sociedad integrada: “¿Es Honduras una nación?, ¿por qué oculto de ignios todavía existe este país?, ¿quiénes son los responsables?, ¿seguiremos siempre así, condenados fatalmente a la inercia?”.

Consciente de su “circunstancia hondureña”, su meditación intelectual es fundamentalmente histórica porque advierte que uno de los mayores problemas para responder a tales preguntas es la ausencia de una memoria que capte la real dimensión de la problemática, es decir la falta de una conciencia histórica y crítica que pueda revertir estas tendencias. La meditación histórica puede definirse como una lucha empeñada contra el olvido, por lo que su trabajo intelectual ha de entenderse, no como un esfuerzo meramente académico por estudiar la historia, sino como un proyecto orientado a captar y reconstruir una memoria, para que la historia de Honduras no sea sólo un continuo repetir o la inercia permanente que mantiene las cosas en su mismo estado. Sólo “el que olvida está condenado a repetir”, expresó citando al gran Freud, y es que Honduras es para Ouelí una sociedad del olvido. Por tal razón tropieza continuamente en sus proyectos de nación, de Estado y de desarrollo, a causa de que “nuestra ética es de tan ‘baja intensidad’, que fácilmente nos convertimos en olvidados y olvidadizos”.⁵

Ramón Ouelí no sólo realizó sus estudios universitarios en España, allí también se nutrió de lo más significativo del pensamiento de sus filósofos. Durante los nueve años que residió en Europa no sólo tuvo la posibilidad de conocer este pensamiento y a algunos de sus principales representantes, sino que mantuvo comunicación e intercambio bibliográfico e intelectual con la Península hasta el día de su muerte.⁶

³ Ramón Ouelí, “Honduras: crisis crónica”, *Presente* (Tegucigalpa), núms. 133-138 (febrero-julio de 1988) y 139-143 (agosto-diciembre de 1988), p. 3

⁴ *Gente y situaciones* [n. 2], p. 37

⁵ *Ibid.*, p. 164

⁶ Durante los últimos cinco años hizo pedidos a la librería Díaz de Santos en Madrid. En el último pedido, que le llegó pocos días antes de su muerte, se incluían libros como las

En Honduras fue el principal conocedor y difusor de los más representativos pensadores españoles del siglo xx, especialmente de la obra de José Ortega y Gasset, como ya mencionamos, pero también de la de Xavier Zubiri, María Zambrano, José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván y Julián Marías, sobre quienes escribió ensayos, artículos y antologías.

De Ortega y Gasset descubre la capacidad de plantearse problemas de pensamiento y hacerse preguntas sobre el conocimiento humano, así como la metodología para el estudio de las ideas y las generaciones; de Zubiri la posibilidad de hacer una articulación entre la metafísica y el materialismo y, por lo tanto, la apertura a todo el saber y el conocimiento por medio de la “inteligencia sintiente” explanada por este filósofo; de Tierno Galván el análisis de la política y de la Guerra Civil; de Aranguren la ética en la vida cotidiana, tanto una ética pensada como una ética vivida; y de Julián Marías la idea de la filosofía y el ser intelectual.

También conoció y estudió la obra de filósofos españoles actuales como Gustavo Bueno, Eugenio Trias, Fernando Savater, Adela Cortina, Victoria Campos y Javier Muguerza, entre otros.

A lo largo de sus escritos se aprecia cómo su pensamiento y análisis está cruzado especialmente por las obras de Ortega y Gasset, Zubiri, Marías, Aranguren y María Zambrano. A Ortega y Gasset sólo pudo conocerlo en el fétetro porque durante los últimos años de su vida ya no era accesible; de Zubiri pudo escuchar tres de las cuatro selectas lecciones de filosofía que impartió a finales de la década de los cincuenta. “La historia de cómo entré a estas lecciones es de pura picaresca española, porque era reducidísimo el número de los que podían asistir. Había que entrar con tarjeta y entonces Ignacio Sotelo entraba, mostraba la suya y salía para pasármela. Así yo podía entrar. Zubiri era impresionante”.⁷

Asistió también a las conferencias de Julián Marías, José Luis López Aranguren, Álvaro D'Ors (el hijo de Eugenio), Pedro Laín Entralgo y Rof Carballo, entre otros. Siempre recordaba la frase de Eugenio D'Ors: “En Madrid, a las siete de la tarde, o te dan una charla o la das”

En su libreta de apuntes o diario intelectual⁸ registra que participó en el ciclo de conferencias “El pensamiento español desde el siglo xviii”,

autobiografías de los teólogos Yvis Congar y Casiano Floristán, los escritos de Günter Grass y del filósofo Reyes Mate, entre otros

Conversación con Ramón Oqueli. *Galatea* (Tegucigalpa), núm. 3 (noviembre de 1999), p. 8.

⁸ Este diario me lo entregó cuatro días antes de su muerte, al igual que algunos de sus trabajos inéditos.

que impartió Julián Marías en Madrid entre el 10 de octubre y el 12 de diciembre de 1962. Asimismo, participó en el ciclo de conferencias “La moral social española desde el siglo XIX”, impartidas por José Luis Aranguren entre el 14 de noviembre y el 14 de diciembre de 1962. Por cierto que Ramón Oqueli observó que estas conferencias no aparecen en las obras completas de Aranguren, como en ninguna otra publicación.

A Ortega y Gasset lo consideró “vinculado personalmente con nuestro país, al parecer únicamente por su deseo incumplido de visitar Copán”,⁹ y destacó su presencia en América, donde fue muy leído durante los años veinte y cuarenta: “Su huella fue visible en escritores como Francisco Romero, Leopoldo Zea y Octavio Paz. Anibal Ponce lo combatió y lo elogió con la inteligencia y honestidad habituales en él”.¹⁰ Aun cuando reconoció que “algunas de sus páginas no están a la altura de los tiempos”, vio que en el conjunto de su obra cada página guarda:

Toda la vivacidad, el calor, la lucidez y la capacidad de estímulo que les impregnó el madrileño, que sin dejar de serlo, recurrió a la figura de Escipión Emiliano, el que le gustaba ser llamado “El Africano”, para agregar que él aspiraba a ser conocido como “El Americano”. Si apreciamos la historia de la concepción gramsciana como la “cadena de los esfuerzos que ha hecho el hombre para liberarse de los privilegios, de los prejuicios y las idolatrías”, encontramos en Ortega un gran porcentaje de contribución a esta lucha. Ahora que nos debatimos en torno a la realidad y concepto de nación, de libertad y cultura, tenemos oportunidad de apreciar. Si no somos bestias, la gran dosis de actualidad y futuro que alientan en la trémula prosa de Ortega, el americano.¹¹

Siempre hablando de Ortega y Gasset, se preguntó si hacia el siglo XXI, después de celebrar el centenario de este pensador, “¿volverá a leerse con el entusiasmo que despertó entre los años veinte y cuarenta?”¹²

A lo largo de los escritos de Oqueli pueden verse las influencias de obras de Ortega y Gasset como: *La historia como sistema*; *Razón histórica*; *La rebelión de las masas*; *España invertebrada* e *Ideas y creencias*, presentes en su visión de la historia, de la memoria, de la

⁹ Ramón Oqueli, *Mixturas*, Tegucigalpa, UNAH, 1990, p. 105.

¹⁰ Ramón Oqueli, *Gente y situaciones*, Tegucigalpa, UNAH, 1994, tomo III, p. 149

¹¹ *Ibid.*, pp. 149-150.

¹² *Ibid.*

nación hondureña, a la que caracterizó por la fragmentación, el divisionismo y la desconfianza.

La obra historiográfica de Oqueli constituye un lenguaje simbólico con significantes y significados. Por eso la historia se realiza en imágenes como para que se fijen en la memoria, no como palabras o hechos, sino como símbolos que hablan por sí mismos y que están ahí para hacer recordar o significar lo trágico, lo fatal, lo triste y la desorientación de la historia hondureña. Sin caer en una dialéctica negativa que lo llevaría a dibujar la tragedia y el horror de la historia hondureña sin salida posible, recurre nuevamente a María Zambrano, pues para ella la historia es precisamente salir del presente

para caer en el futuro desconocido, pero, sin olvidar el pasado, nuestra alma está cruzada por sedimentos de siglos, son más grandes las raíces que las ramas que ven la luz. Es en la hora del amanecer, trágica y de aurora, en que las sombras de la noche comienzan a mostrar su sentido y las figuras inciertas comienzan a disolverse ante la hora de la luz en que se congregan pasado y porvenir.¹³

Este modo de escribir el acontecer de los pueblos como imagen y como memoria no es sino para tomar conciencia de que el ser humano es el sujeto principal de la historia. La historia, para Oqueli, no es providencialista, ni fatalista. Se rige por la acción humana. En su meditación sobre la obra del dramaturgo Antonio Buero Vallejo, reflexionando en torno a la tragedia que marcaba y a la falta de memoria sobre ella, explicó que “la torpeza humana se disfraza de azar o destino”.¹⁴

Para Oqueli fortalecer la memoria es, entonces, asumir la responsabilidad histórica y atacar el providencialismo que ha caracterizado cierto modo de pensar y actuar:

El hombre es creador de su propia historia y dueño de la misma. Nos sentimos como verdaderos seres del siglo xx, pero observados y juzgados por una especie de conciencia futura, como seres de un futuro hecho ya presente. Conocemos los condicionamientos que nos han llevado a la situación actual y podemos advertir los senderos que nos conducen al nuevo día.¹⁵

La historia como ciencia podrá reconstruir un pasado, pero sólo la memoria lo capta, lo construye. Siguiendo de una manera u otra a

¹³ Ramón Oqueli, *Honduras estampa de la espera. sucesos públicos y vida cotidiana*, Tegucigalpa, Subirana/Publicaciones del Opispado de Choluteca, 1997, p. ii.

¹⁴ Ramón Oqueli, *Gente y situaciones*, Tegucigalpa, UNAH, 1994, tomo II, p. 149

¹⁵ *Ibid.*, p. 200.

Walter Benjamin y a María Zambrano, el proyecto de Oqueli no es reconstruir la historia de manera cientificista o en una perspectiva del progreso, sino que recurre a la elaboración de imágenes para conservar la memoria. No sólo para reproducir la miseria pasada, o como ha dicho Reyes Mate 16 "para canjear la felicidad futura contra la felicidad pasada (progreso)". Rememorar es luchar contra el olvido. La historia es entonces, para Oqueli, "el intento de comprender a otro hombre. Si quiero saber quién era fulano de tal, no puedo partir del supuesto de que era igual zutano, porque todos los hombres somos diferentes". El historiador tiene en alguna medida que guardar un grado de empatía con lo estudiado. En este sentido, es tributario del pensamiento de Ortega y Gasset, para quien la historia "es el ensayo que el hombre hace de entender a los demás", 18 lo cual supone no introducir los ideales propios a la hora de comprender las culturas pasadas. Con ello, Oqueli no asume una visión positivista de la historia de relación sujeto-objeto de investigación y de buscar causalidades explicativas. Su visión y su forma de escribir la historia se circunscribe a una ciencia comprensiva. Desarrolla una verdadera hermenéutica de la escucha, de captar lo que los otros no captan y mucho menos resaltan. Su búsqueda no se limita a preguntar por qué suceden determinados acontecimientos históricos, busca responder qué sentido tienen esos acontecimientos para el presente. En este punto, Oqueli asume lo que Ortega y Gasset plantea acerca de que los historiadores deben reconstruir el drama que se plantea en cada generación entre el hombre y el mundo, 19 ya que en Honduras "vivimos esperando siempre nuevos acontecimientos, que acaben de sacudir el marasmo, y nos permitan salir a flote".20 Sólo desde el conocimiento de la historia podrían comprenderse muchas actitudes y tendencias del ayer y del hoy de Honduras", para saber si lo que se hizo o se hace todavía, "se encuentra en los linderos de la mayor o menor normalidad".21 Desde esta perspectiva de análisis de la sociedad, Oqueli retoma otro concepto de Ortega y Gasset, el de "higiene pública". La sociedad hondureña tiene que curarse a sí misma para poder sobrevivir y ello implica la reconstrucción de una memoria que permita aceptar la Mate, Heidegger y el Judaísmo o sobre la tolerancia compasiva

16 Reyes Mate, *Heidegger y el judaísmo o sobre la tolerancia compasiva*, Barcelona, Anthropos, 1998, p.80.

17 Ramón Oqueli, *Gente y situaciones*, Tegucigalpa, UNAH, 1993, tomo I, p. 385

18 Oqueli, *Gente y situaciones* [n.10], p.252.

19 Cfr. Javier Zamora, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002, pp. 387-394.

20 Oqueli, *Gente y situaciones* [n. 14], p.79

21 *Ibid*

realidad como una de las formas de tener la salud mental requerida para salvarse del marasmo y de la demencia total.

Pero para Oqueli el mayor problema no es tanto la falta de una conciencia histórica, sino que la escasa memoria que existe y se transmite es negativa y contribuye a reproducir los errores fatales o a continuar en el marasmo que caracteriza nuestro ayer y nuestro hoy:

Los recuerdos que nos legaron nuestros mayores, las experiencias que hemos vivido, han dejado en todos huellas vergonzosas, odio de verdugos o víctimas, como diría Camus. Muchos que han escrito en Honduras, han dejado constancia de ese estado de espíritu, y el insulto, por su intensidad y larga tradición, llegó a convertirse casi en categoría histórica.²²

En el caso de Honduras es importante recurrir a la historia y crear una memoria que permita recordar que el pasado y el presente son “demasiados ejemplos como para desconfiar, con sobrada razón, de la capacidad general de los hombres para actuar con justicia y honradez”.²³

Una de las consecuencias de la débil memoria es llegar a una situación donde se pierde contacto con la realidad, especialmente en sociedades como la hondureña, donde la mayoría de la población vive en situaciones límite, ya sea por sus precarias condiciones de vida, por las tragedias familiares, por la violencia o los desastres naturales: “En situaciones límite, se ha llegado en forma mayoritaria, a perder contacto con la realidad: son los llamados casos de demencia colectiva”.²⁴

Honduras es una sociedad que necesita cambiar su mentalidad, ya que su débil memoria unida a la demencia colectiva deviene, como lo dijera Josué de Castro, “tradicionalmente, en la aceptación del fatalismo y de lo irracional. Somos todavía un mundo que tiene que cambiar, reaccionarios psíquicos, sólo así se logrará crear al hombre nuevo, que constituiría el centro de toda lucha por el progreso, la justicia y la libertad”.²⁵

Desde esta reflexión sobre la memoria, Oqueli busca construir una suerte de filosofía de la historia que otorgue un nuevo sentido histórico para Honduras. Esta filosofía de la historia tiene como teleología preguntarse si los hondureños “nos encontramos en mejores condiciones para ser sujetos participantes en la responsabilidad conjunta que la dirección de los destinos nacionales entraña, que lo que estuvimos no-

²² Oqueli, *Gente y situaciones* [n 17], p. 395

²³ *Ibid.*, p. 443.

²⁴ Oqueli, *Gente y situaciones* [n 14], p. 81

²⁵ *Ibid.*, p. 108.

sotros mismos en décadas pasadas, o lo estuvieron nuestros antecesores".²⁶

Mientras la historia de Honduras solamente sea esta constante de repeticiones, es difícil poder advertir su futuro. No se puede olvidar que toda repetición es un acto ritual y como tal busca revivir la experiencia primigenia no en función de un futuro, sino de vivir un continuo presente. En tal sentido, la repetición de hechos históricos no significa evolución ni cambio. Por tanto, la historia hondureña parece carecer de una teleología de fines últimos y claros:

Como la historia hondureña se repite con aburrimiento, no sabemos si el inmediato futuro interno se anuncia con la posibilidad de pasar de una nueva especie de carisma a otra visión, del "galvismo" a un nuevo "lopismo". Con cualquiera de estas repeticiones nunca remontaremos la vieja Honduras, humillada, pobre y triste. La verdadera superación sólo será posible cuando nuestras organizaciones de ciudadanos productores de bienes y servicios dejen de ser rebaños de sus gobernantes y representantes.²⁷

La imposibilidad del cambio en Honduras le pareció sorprendente. No es posible ubicar un momento de la historia que constituya un punto significativo de inflexión o una verdadera transformación. Para Oquelí, Honduras carece, utilizando la expresión de Ortega y Gasset, de plasticidad, es decir, de capacidad de transformación. No sólo la sociedad ha sido incapaz de transformarse sino también los mismos hondureños. Fruto de las tragedias y los desaciertos es que la valoración de los hondureños hecha por los extranjeros o los propios nacionales ha sido siempre negativa.

Para Ramón Oquelí, la lentitud y el estancamiento que caracterizan a Honduras obedecen, entre otras razones, a la falta de un proyecto histórico de nación y de Estado. Considera a Honduras una "estampa de la espera", con una historia cuya gran dosis de providencialismo, de falta de memoria, conlleva a que no se exprese más que en la repetición, en la ausencia de cambios, en la tragedia y el dolor, sin un proceso aparente de construcción de sociedad, y se plantea la pregunta, "¿es Honduras una nación?".²⁸

Para Oquelí, la nación se relaciona con una serie de factores que definen su existencia como tal: la unidad histórica, la integración social, la identidad cultural, pero sobre todo la autonomía. La nación es un

²⁶ *Ibid.*, p. 282.

²⁷ Oquelí, *Gente y situaciones* [n. 10], p. 215.

²⁸ *Cf. Gente y situaciones* [n. 17], pp. 306-307.

ámbito de convivencia social, con un imaginario compartido. Retoma la idea de Julián Marías, quien ve la nación en la unidad histórica que logró vigencia en Europa en el siglo XIX. En el caso de Honduras, el dato histórico demuestra “que al independizarnos no surgimos como tal unidad de convivencia, ni hoy es tan inequívoco que lo seamos en forma plena”.²⁹

La formación de la nación hondureña es para Oqueli una búsqueda, pero sin convicción ni orientación: “Seguimos marchando sin demasiado entusiasmo ni convicción, buscando desorientadamente la patria común que se perdió poco después de haber iniciado su recorrido en 1821”.³⁰

La pregunta sobre la existencia o no de una nación hondureña nace de la interpretación de la diferenciación que hace Ortega y Gasset acerca de las ideas y creencias. Una creencia es algo que está en nuestras mentes sin que se cuestione o se problematice: “Las creencias que coexisten en una vida humana, que la sostienen, impulsan y dirigen, son, a veces, incongruentes, contradictorias o, por lo menos, inconexas. Nótese que todas estas calificaciones afectan a las creencias por lo que tienen de ideas. Pero es un error definir a la creencia como idea”.

En el caso de Honduras, se asume la condición de nación como algo dado y construido sólo por el hecho de que existe un reconocimiento mundial de su ser nacional; entonces, no se cuestiona. Toda idea es para Ortega el cuestionamiento de una creencia. Cuando se cuestiona una creencia surge una idea. Esto es lo que hace Oqueli al pensar a Honduras como una nación. Honduras es una “nación que nunca hemos tenido”.³¹ Resulta difícil, en suma, construir una nación cuando el pasado no es activo, sino un pasado muerto, como un eterno presente, sólo las ideas han de cambiar esta creencia de la nación existente.³²

Las imágenes elaboradas por Ramón Oqueli sobre Honduras, como la espera, la tragedia, la inercia, el disfraz de nación y la debilidad de sus instituciones, lo hacen mirar hacia el futuro y preguntarse: “¿Seguiremos siempre así, condenados fatalmente a la inercia?”.³³

Para Oqueli, el problema de Honduras estriba no sólo en que los proyectos de construcción de la nación hayan fracasado, sino en la

²⁹ Oqueli, *Gente y situaciones* [n. 10], p. 305.

³⁰ Oqueli, *Gente y situaciones* [n. 2], p. 31.

³¹ Oqueli, *Gente y situaciones* [n. 10], p. 413.

³² Oqueli, *Gente y situaciones* [n. 17], p. 304.

³³ Oqueli, *Gente y situaciones* [n. 10], p. 239.

falta de voluntad del intento. Este planteamiento se basa en la intuición voluntarista de Ortega y Gasset, quien en *España invertebrada* (1921) defiende la idea de nación como empresa que los miembros de una comunidad política hacen en conjunto, quehacer colectivo, movimiento de la capacidad creadora de la voluntad.

Según Luis Arista Montoya, en Ortega y Gasset la conformación de la nación “planteaba una significación bifronte de la voluntad; voluntad de permanecer junto, que sería *voluntad común*, y *voluntad de un quehacer* como proyecto, un proyecto sugestivo de vida en común”³⁴

En 1970 —ocho meses después del conflicto honduro-salvadorenño de julio de 1969— Ramón Oqueli publicó un artículo titulado “La fuerza de la nación” que uscitó un significativo sentimiento de unidad nacional. En él expresó, refiriéndose a la posición hondureña para resolver el conflicto:

Para que esta posición se reafirme en una forma todavía más entrañable y vigorosa, sólo hace falta que los poderes públicos devuelvan a los gobernados la misma confianza que ellos demandan en el sentido de que la voluntad popular se imponga tanto en el problema surgido del exterior como en la vida cotidiana de la nación. La fuerza de ésta radica en la mayor posibilidad que sus habitantes tengan de desplegar toda su potencialidad, en la realización de las aptitudes de que son capaces. La soberanía de Honduras sólo podrá mantenerse basada en la libertad y seguridad de los hondureños.³⁵

Sin embargo, en un artículo de 1990 titulado “Catástrofe” plantea que:

Lejos de convertimos en verdadera nación, vamos sufriendo cotidianamente la pérdida de la dignidad colectiva, y la repulsa a esta situación no adquiere todavía la contundencia necesaria para un viraje decisivo hacia la transformación del país. De diversos sectores surgen protestas y planteamientos pertinentes, sin que la dirección estatal dé respuesta satisfactoria a tan legítimas aspiraciones.³⁶

En 1993, al cumplirse treinta años del golpe de Estado al gobierno constitucional de Ramón Villeda Morales, ocurrido en 1963, Oqueli hacía un balance sobre el papel de los militares en la sociedad hondu-

³⁴ Luis Arista Montoya. “La razón histórica. Ortega y Gasset y Jorge Basadre”. *Revista de Estudios Ortegaianos* (Madrid), núm. 7 (2003), p. 135

³⁵ Oqueli. *Gente y situaciones* [n. 14], pp. 43-44

³⁶ Oqueli, *Gente y situaciones* [n. 2] p. 35

reña y planteaba en un artículo que esta institución debería deponer su actitud antinacional y ayudar en un proyecto común de sociedad:

Deben renunciar a perpetuarse como poderosa burguesía armada, en detrimento de otros sectores de la población, y darse cuenta que si hoy son humillados y amenazados por sus antiguos creadores y protectores, la solución a su crisis deben buscarla dentro de un proyecto común de recreación de la sociedad ³⁷

La nación hondureña no es un hecho, sino algo por nacer, y, sobre todo, es un quehacer. En este quehacer no sólo se requiere de voluntad y que los diferentes grupos compartan un objetivo común, es necesario también mantener el optimismo mediante la imaginación y la creatividad. Para ello la nación requiere a los que pueda llamarse a dicho proyecto, a los literatos y su manera de sentir la nación. Los poetas pueden imprimir nuevas energías a e a voluntad colectiva de construir la nación, renunciando al pesimismo ambiental que impide ver más allá de sólo un presente sin futuro:

Los hondureños que todavía tenemos la dicha y la pena de sobrevivir en estos tiempos de angustia y confusión, podemos mitigar en parte estos flagelos, leyendo o releendo el mensaje de nuestros auténticos poetas, analizando su producción dentro de los avatares de la historia patria, sin excluir ninguna voz de ser escuchada. Esto se inscribiría dentro de una disciplina colectiva de exigencia abarcadora de cuanto merezca ser apreciado.

Los poetas, como los demás literatos, como los demás artistas, no pueden ser preteridos en la tarea de crear la verdadera nación que nunca ha existido. Esa posible futura república será fuerte y saludable en la medida que renunciemos a la mezquindad, a la falta de imaginación y de coraje, o sea hasta que nos incorporemos de lleno a la gran tarea civilizadora de la transformación permanente. Para ello necesitamos una gran dosis de entusiasmo, de rechazo al pesimismo ambiental ³⁸

³⁷ *Ibid*, p. 130

³⁸ Oquell, *Gente y situaciones* [n. 10], p. 243